

CAPÍTULO XX

FIN DE CARLOMAGNO.

Carlomagno, como acontece con los grandes hombres, resplandeció en todo cuanto ejecutó su siglo; siglo a que falta unidad y poder, siempre que le faltó su concurrencia, y del que fué alma, cabeza y brazo. Desde Aquisgram ó desde los palacios inmediatos de Metz y de Thionville, partía el impulso comunicado á toda la Europa. Deseabanle los bárbaros por aliado y temían tenerle por enemigo: venerábanle los príncipes europeos como jefe de la cristiandad, saludábanle los musulmanes. Y en la cabaña del Sorabe como en el palacio de Bizancio, en las lagunas venecianas, como en los fértiles valles de Basora, se preparaban homenajes á Carlomagno.

La fortuna le proporcionó ser el cuarto de una raza de políticos y conquistadores; pero la pasión hacía las grandes cosas le fué personal en un todo, así como la fuerza, carácter que hace capaces de ejecutarlas. En un siglo de ignorancia comprendió cuán eficaz era la instrucción para proteger los vestigios de la civilización romana y los gérmenes de la civilización nueva. Soldado y conquistador amó la paz y el clero; bárbaro, veneró la sabiduría romana y recogió sus residuos: sabio, no desdenó las lenguas iliteratas del Norte: religioso, midió y contuvo los derechos de los eclesiásticos, supo respetarlos sin servilismo, y tenerlos á raya sin arrogancia. Tudescó por origen, por lenguaje, por costumbres, por inclinaciones, en suma, por todo, escepto en la ambición de renovar el nombre romano, sólo se presentó dos veces en Roma, y eso á instancia de los papas, con la clámide y los borceguies á la usanza latina, llevando el restante tiempo el traje de los francos (1): camisa y cal-

(1) «Para los días de gala gastaban los antiguos francos borceguies dorados exteriormente, con correas largas de

zas de lienzo, túnica ajustada por un cinturón de seda, cintas arrolladas alrededor de las piernas, y en los pies sandalias. En invierno un jubón de piel de nutria, y siempre el sayo al estilo veneto, con la espada de guarnición y pomo de oro ó de plata. En las grandes solemnidades ó cuando daba audiencia á los embajadores, se ponía una túnica bordada de oro, sandalias adornadas con piedras preciosas; un sayo cerrado con un ajustador de oro, y una diadema también de oro y de pedre-

tres dedos: cintas en muchos pedazos que les rodeaban las piernas: por encima calzas ó calzones de lino del mismo color, aunque de un trabajo variado y precioso. Sobre este vestido iban ajustadas en forma de cruz tres largas correas por delante y por detrás. Después llevaban una camisa de finísima tela, una bandolera que sostenía la espada, bien envuelta primero en la vaina, después en una correa y por último en una blanquísima tela encerada. En el centro estaba reforzada con pequeñas cruces de relieve: con esto creían dar con más facilidad muerte á los paganos. Por encima de todo se echaban un manto blanco ó azul celeste en cuatro paños, doblado y cortado de manera que, puesto sobre los hombros, caía por delante y por detrás hasta los pies, mientras que por los lados apenas bajaba hasta las rodillas. En la mano derecha llevaban un bastón de manzano con nudos simétricos, recto, formidable, con pomo de plata ó de oro cincelado.

«Pero viviendo en medio de los galos y viéndolos vestidos con vivos y alegres colores, depusieron por amor á la novedad su vestido acostumbrado y adoptaron el de estos pueblos. No se opuso á ello el emperador, pareciéndole cómodo para la guerra; pero como viera á los frisones abusar de esta indulgencia y vender mantos tan cortos como eran largos en otro tiempo, ordenó que no se compraran por el precio ordinario más que mantos largos y anchos. «Para qué sirven esos mantos? En la cama no me puedo cubrir con ellos: á caballo no me preservan de la lluvia ni del viento; y cuando satisfago las necesidades naturales, se me hielan las piernas.» MONGE DE SAN GALO.

rias: en los tiempos ordinarios se diferenciaban poco sus trajes de los que usaban generalmente los francos. Habiéndose presentado en Pavia unos mercaderes que vendían pieles finas, todos sus barones compraron de ellas é hicieron alarde de su lujo; invitóles Carlos á una partida de caza, y como les sorprendiese un terrible aguacero, buscaron abrigo en una sala, donde se agruparon en derredor de la chimenea, echándoseles á perder sus hermosas pellizas, y quedando ellos calados de agua: entonces Carlos, riéndose, les enseñó su piel de carnero, y les dijo: *Esta me ha costado dos sueldos, y me ha preservado de la lluvia mejor que las vuestras que valen un tesoro.*

En esta estremada sencillez aparecía magestuoso y sobrehumano: dan fé de ello las tradiciones fabulosas. «Ogiero el danés, grande del reino franco, cuenta el monje de San Galo, se había refugiado al lado del rey Desiderio. Cuando supieron que el temible monarca bajaba á la Lombardia, ambos subieron á lo alto de una torre desde donde podían ver á lo lejos y en todas direcciones. En breve descubrieron máquinas de guerra en tan gran número como las que hubieran bastado para los ejércitos de Dario y de César. Desiderio preguntó á Ogiero: *¿Está Carlos entre ese grande ejército?*—No, respondió éste. Viendo luego una innumerable masa de soldados reclutados en todas las partes del vasto imperio franco dijo el rey longobardo á Ogiero: *De seguro se adelanta Carlos triunfante en medio de esa muchedumbre.*—No, respondió el otro, *y no aparecerá tan pronto.*—*¿Y entonces qué haremos, repuso con inquietud Desiderio, si viene con mayor número de guerreros?*—*Vereis quién es cuando llegue,* replicó Ogiero, *pero ignora lo que será de nosotros.* Mientras discurrían de este modo distinguieron al cuerpo de guardias que jamás conoció el reposo. Ante este espectáculo, poseído de terror, el longobardo exclamó de esta suerte: *Ciertamente ahí viene Carlomagno.*—No, respondió Ogiero, *todavía no.* Luego se ven venir en la comitiva obispos, abades, clérigos de la capilla real y condes: entonces Desiderio, no pudiendo ya soportar la luz del día ni arrostrar la muerte, clama sollozando: *Bajemos, escondámonos en las entrañas de la tierra, lejos del aspecto y de la cólera de tan terrible enemigo.* Ogiero, trémulo, que conoce por experiencia el poder y la fuerza de Carlomagno, le dice: *Cuando veáis á las mieses agitarse de horror en los campos, al Pó y al Tesino batir las murallas con sus ondas ennegrecidas por el hierro, entonces podéis creer que llega Carlos.* Aun no había acabado de pronunciar estas palabras cuando empezó á distinguir hacia el Oriente como una nube tenebrosa levantada por el viento Boreas, que convirtió el más esplendente día en horribles sombras; pero á medida que se acercaba el emperador, el resplandor de sus armas envió á la gente encerrada en la ciudad, una brillantez más espantosa que la más profunda noche. Entonces apareció el mismo Carlos, hombre de hierro, cubierta la cabeza

con un casco de hierro, con manoplas de hierro en las manos, el vientre guarnecido de hierro, una coraza de hierro sobre sus hombros de mármol, en la mano izquierda una gruesa lanza de hierro que blandía en el aire, y apoyada la derecha en su invencible espada. El exterior de los muslos que, á partir de las correas, desguarnecen los demás para montar más fácilmente á caballo, lo había el envuelto en planchas de hierro. En cuanto á las botas, todo el ejército las usaba de hierro; no se veía más que hierro sobre el escudo del emperador: su caballo tenía la fuerza y el color del hierro. Todos los que precedían al monarca, todos los que venían á su lado, todos los que le seguían, todo el grueso del ejército llevaban armas semejantes á las suyas. El hierro cubría los campos y los caminos: á la luz del sol resplandecían las puntas de hierro. Aquel hierro tan fuerte era llevado por un pueblo más fuerte todavía. Aquella masa de hierro sembró el espanto en las calles de la ciudad. *¡Cuánto hierro! ¡ay! ¡Cuánto hierro!* fué el confuso grito de todos los ciudadanos. La solidez de las murallas y la robustez de los jóvenes se conmovieron de terror á la vista del hierro, y el hierro confundió el juicio de los ancianos. Lo que yo, pobre escritor balbuciente y desdentado, he procurado pintar en una descripción larga, Ogiero lo vió de una ojeada y dijo á Desiderio: *Hé ahí al que buscáis con tanto afán;* y cayó como cae un cuerpo muerto.» (2)

Quedan otros recuerdos de la majestad de Carlos: los embajadores de Constantinopla, al dirigirse á la audiencia, atravesaron cuatro salas, inclinándose sucesivamente ante los grandes, á quienes tomaban por el emperador; pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando al llegar á la quinta que estaba adornada con mayor magnificencia, descubrieron en ella á Carlos, más majestuoso todavía por su aspecto que por la riqueza de las pedrerías con que estaba tachonado su manto! Habiendo visto desfilar los embajadores de Harun-al-Raschid delante de ellos á todo el ejército de Carlomagno enriquecido con los despojos de los hunos, y á los obispos y al clero en la majestad de su traje, exclamaron que hasta aquel día habían visto hombres de barro, y que los veían de oro por la vez primera.

Carlomagno, como jefe de la cristiandad, había pedido á este gran rey del Oriente franquicias para los peregrinos que se dirigieran á la Tierra Santa. Harun le envió las llaves del Santo Sepulcro, diciéndole que lo considerara como si estuviera bajo su soberanía (3). Hizo que le llevaran al mismo tiempo un elefante, que fué para los francos motivo de grande asombro. Estos embaja-

(2) *De factis Caroli magni.*

(3) *Ut illius (Caroli) potestati adscriberetur concessit* EGINARDO. Más tarde las crónicas añadieron á esto la soberanía de Jerusalem y de toda la Tierra Santa.

dores encontraron en Porto Venere al emperador que venia de Italia, después de su coronacion, juntamente con los de Ibrahim-ben-Aglab, emir de Cairuan, que se habia declarado independiente de la corte de Bagdad; estos habian hecho á Carlomagno el homenaje de un leon de la Marmárica, de un oso numida y le habian llevado las reliquias de San Cipriano: en cambio el emperador les dió trigo. Sin duda es un espectáculo extraño ver á Italia enviar socorros contra el hambre de un país que habia sido su granero durante siglos. Condujo Carlomagno á los embajadores de Italia á Francia, enseñándoles el país y sus comodidades. Les dió el espectáculo de una cacería de búfalos, y uno de estos animales hubiera hecho correr gran peligro al emperador, sobre quien se habia arrojado furiosamente, si un señor no le hubiese muerto.

Recibió además otra embajada de Harun (807), que le envió mantos de seda, telas preciosas, toda clase de perfumes, y lo que causó más sorpresa, fué una gran tienda de lienzo estremadamente fino, con todos sus compartimentos y cuerdas de colores vivos, como tambien un reloj que indicaba las horas por medio de bolas de bronce que caian sobre un címbalo. Abriáanse alternativamente doce puertas en el cuadrante, y doce ginetes salian á cerrarlas cuando se habia verificado la revolucion de las horas. El enviado de Harun, le dijo: «Grande es tu poder, pero tu fama te hace aun mayor. Persas, medos, indios, elamitas, todos nosotros en Oriente, te tememos tanto como á Harun, nuestro señor. ¿Qué te diré de los griegos? Te temen más que á las flotas del mar Jonio.»

Ignoramos si la única simpatía de las grandes almas atraía á Harun hácia Carlomagno, ó si algun motivo político le determinó á un homenaje extraño por parte de aquella soberbia nacion, enorgullecida con recientes victorias; tal vez querian inducirle á hacer la guerra á los árabes de España, odiados como hereges y temidos como amenazadores del Africa.

Las imaginaciones añadian nuevos adornos á tanta grandeza de Carlos: de modo que de aquella mezcla de héroe germánico, de emperador romano, y de bueno y dócil creyente como nos lo muestra la historia, se formó en las tradiciones esparcidas, con respecto á él, un tipo pintado sin cesar con más hermosos colores, á medida que se desarrolló el génio de la Edad Media por la caballería y las cruzadas. Entonces se hizo descender á los francos de Hector, á Carlomagno de Constantino el Grande; se le representó vencedor de los sarracenos, peregrino y conquistador en Jerusalem, yendo en busca de reliquias, disputando sobre teología. En una palabra, reunieron en él todo lo que constituía un héroe dotado de todas las perfecciones físicas y morales, modelo de todas las virtudes de la época, abrazando los tres elementos de la civilizacion, latino, germánico y cristiano. Todos los monasterios como tambien las más célebres universidades, quisieron tenerle por fundador: se le atribuyeron las

leyes que pertenecian á la antigua raza germánica, y las que después de él produjeron la nueva civilizacion.

Encontró la caballería en él á su fundador, sus primeros modelos en sus paladines, de los cuales cada uno de ellos se convirtió en el héroe de una epopeya. Se supuso que él habia emprendido la primera cruzada, rechazado á los moros de Paris y de la Francia. Segun los sagas alemanes, dirige contra los húngaros una expedicion, y creyéndosele muerto, su mujer Hildegarda fué estimulada por los barones á elegir otro esposo; promete hacerlo en el término de tres dias; pero un ángel lleva la noticia á Carlomagno y le presenta un caballo milagroso, sobre el cual llega á Aquisgram en medio de las fiestas del matrimonio, y se sentó en el trono donde eran inaugurados los reyes. Por el contrario en la *España historizada*, es á los sarracenos á quienes hace la guerra; el mensajero es el demonio, que transformado en caballo, lleva á Carlomagno hasta el patio del palacio, donde hace de alegría la señal de la cruz; de tal manera se asusta el maligno, que le arroja al suelo, dejándole maltratado en su caída.

Oyó contar Petrarca en Aquisgram, que Carlomagno se habia enamorado de una joven, hasta el punto de olvidar por hacerle la corte, su reino y á sí mismo. La que él amaba enfermó y murió; pero en vano esperaron sus paladines que Carlos recobrase su razon y actividad, pues acariciaba al cadáver como vivo, aunque ya se hubiese putreficado. Sacó de ello, en consecuencia, el arzobispo Turpin, que debia existir en ello magia, y habiendo examinado á la muerta, le encontró en la boca un anillo; desde el momento que lo quitó cesó el encanto. Hizo Carlomagno enterrar aquellos fétidos restos; pero todo su afecto se concentró en Turpin, hasta el momento en que el prelado hubo arrojado aquel talisman en un lago profundo, cerca de la ciudad. Aficionóse entonces vivamente á aquel lago, lo cual le valió á Aquisgram ser siempre la primera en sus pensamientos; quiso vivir y morir allí. Refiérense aun en esta ciudad cien cosas maravillosas, y se enseña en la catedral el enorme cuerno de caza hecho de un diente de elefante que le regaló Abul-Abbas, y en la abadia de Roncesvalles se conservan las mazas de armas de Roland y de Oliveros, con palos del grueso de un brazo regular; en la contera tienen un fuerte anillo al que está atada una cadena ó una cuerda, que impide al arma escaparse de la mano; en el otro extremo se ven tres cadenas con una bola de metal redonda en uno de los palos, y en el otro oblonga y rayada, á manera de melon, y con un peso de ocho libras (4) á las cuales, manejadas por una mano robusta, qué armadura podia resistir?

Las leyendas piadosas á su vez celebran las virtudes de Carlomagno, su devocion, su caridad, su

(4) DANIEL, *Historia de la milicia francesa*.

templanza, y los milagros que hizo. La historia se para aquellos absurdos elementos; pero aun le queda bastante que admirar en este hombre reclamado, dice Sismondi, por la Iglesia como un santo, por los franceses como su más grande rey, por los alemanes como su compatriota, como su emperador por los italianos, y que se encuentra á la cabeza de todas las historias modernas, como Napoleon deberá encontrarse al frente de las historias futuras.

Carlos trató de restaurar el poder imperial por medio de una administracion sabia, que le hacia hallarse presente en todas partes, y un ejército permanente, que no permitia violar sus órdenes. El imperio que Carlos recibió aun joven, estaba fundado en las armas; tuvo que empuñar éstas desde que se presentó por la primera vez en la escena, y apenas pudo deponerlas mientras vivió. Merece quizá la censura de haber querido á veces la guerra porque se habia convertido para él en una pasion, ó porque la hizo de suerte, que no era posible la paz con él; pero semejante pasion solo fué desarrollada por el curso de los acontecimientos.

Sin embargo, no condujo á su pueblo á la guerra contra toda la Europa por ambicion, y no debe ser confundido con aquellos admirados y execrables conquistadores, que siegan millares de vidas, sin ningun sentimiento de la dignidad humana, ni sus guerras eran como las de las invasiones precedentes. Vió que sobre las tribus que habian establecido su residencia en el imperio romano, se arrojaban otras del Septentrion y del Mediodia, y pensó en unir á las primeras para oponerse á las segundas. Sometió, pues, por una parte á las poblaciones romanas que se empeñaban todavia en sustraerse del yugo de los bárbaros, como sucedia á los aquitanios; y por la otra á las poblaciones germánicas que aun no se habian establecido de una manera fija, como acontecia á los longobardos de Italia; y reuniéndolas bajo el dominio de los francos, las dirigió contra aquella doble invasion: guerras que eran esencialmente defensivas contra los tres intereses del territorio, raza y religion. El interés del territorio se manifiesta principalmente en las expediciones contra los pueblos situados en la orilla derecha del Rhin, pues que los sajones y dinamarqueses eran germanos, y quizá los sajones no eran sino francos, que no habian salido de la Germania; en las guerras contra los pueblos errantes situados al otro lado del Elba y del Danubio, los ávares y los eslavos, se agitaban intereses de raza y de territorio; y en las que se hacian contra los árabes, intereses de raza, de territorio y de religion. La guerra defensiva se convirtió en ofensiva; porque Carlomagno trasladó la lucha al territorio de los pueblos que querian invadir el suyo, y se ocupó en sujetar las razas extranjeras y en estirpar las creencias enemigas. En efecto, cuando la conquista cesó con la muerte de Carlos, se desvaneció la unidad, y el imperio quedó destruido; pero no por eso puede decirse que se perdió su

obra guerrera: aquella amenazadora invasion no comenzó de nuevo su curso; el imperio se deshizo, pero para transformarse en Estados particulares, que sirvieron de barrera donde quiera que existia aun el peligro; y desde entonces hubo límites políticos, Estados más ó menos bien ordenados, pero reales y duraderos: empezaron los reinos de Lorena, de Germania, de Italia, de las dos Borgoñas y de Navarra. Cesó, por lo tanto, la invasion, exceptuando las expediciones maritimas, que arruinaban los puntos á donde se dirigian; pero que no eran hechas por pueblos enteros, ni producian en tal virtud resultados vastísimos.

Como quiera que sea, Carlomagno pasó su vida en medio de las fatigas de la guerra, y la fortuna que le permaneció fiel, le inspiró una pasion hácia ellas que sofocaba todos sus demás gustos. Creyó que para hacer más formidable el poder militar, convenia arrostrar toda clase de sacrificios. Se acostumbró á examinarlo todo con ojos de general, y á resolverlo con la prontitud del guerrero. Para conseguir esto, olvidó la diferencia de las cosas, y llegó á creer que, así como en la batalla debia vencerse la resistencia del enemigo ó con una accion rápida, ó con una lentitud prudente, ó con fuerzas superiores y una voluntad decisiva; en las demás circunstancias de la vida, era preciso superar todo obstáculo y fundar y obtener con prontitud lo que el hombre se hubiera propuesto obtener y fundar.

Por lo tanto conculcó los derechos consagrados por el tiempo, hizo usurpaciones, á veces hasta brutalmente; y la obra de la civilizacion se ensangrentó por causa suya. Pero en todo esto le movia un gran pensamiento, el de reunir á todos los pueblos cristianos; cosa que no podia efectuarse sino con la fuerza, y reprimiendo á los nuevos invasores, para que la civilizacion pudiese en adelante progresar sin aquel vértigo de guerras que la habian agitado en el siglo anterior. Esta unidad de las naciones cristianas era tambien el blanco de su política; y á él dirigió la literatura, aunque se cercioró de que el resultado no correspondia á su celo, y oyó los lamentos que arrancaba la desanimacion general.

Conociendo que cambiaban las ideas y costumbres no trató de oponerse á lo pasado, sino que quiso ponerse al frente de este cambio. Los galos y francos caminaban á fundirse unos en otros en el país que gobernaba, y él emprendió á acelerarlo y consumir la obra de la fuerza y del tiempo. La reforma de la legislacion, en la idea de hacer desaparecer lo que tenia de confuso y remediar su insuficiencia, fué aun para él un medio de obtener la unidad. Su sistema militar fué el de la antigua Roma; servirse de una conquista para hacer otra. Su objeto el de la moderna Roma, fundar una estensa red gerárquica, cuyos hilos viniesen todos á parar á su cetro. De esta manera fué como justificó el diezmo y el bautismo de sangre. Solo su administracion permaneció germánica. Un paso más,

y la grande obra de la union política se hubiera cumplido. Ya las naciones germánicas habian perdido sus principes nacionales, y dependian inmediatamente del poder del rey de los francos; ya no quedaba más que establecer entre ellas la uniformidad de las leyes y de las instituciones sociales, para fundirlos en un solo pueblo, é intentó hacerlo. En efecto, proyectó promulgar una ley única (5); pero los tiempos le impidieron realizar su designio, y tuvo que dejar subsistir la diversidad de los códigos.

Con el objeto de conseguir la unidad y hacer que los demás la apreciaran, habia tomado por modelo á la Iglesia que caminaba al frente de la civilizacion, y estaba habituada á la obediencia uniforme; lo cual era un nuevo motivo para que debiesen darse la mano los poderes civil y eclesiástico, de cuya armonia resultó un acuerdo en extremo favorable para suavizar las costumbres populares y afianzar la autoridad política.

Elevó, pues, al clero, hasta hacerle tomar una parte esencial en el gobierno, y estableció un lazo diferente del de la conquista, que era el único hasta entonces que habia regido los Estados de Europa. Quiso propagar tambien entre los bárbaros esta religion que civilizaba y dulcificaba, en cuya tarea empleó á veces la espada, menos con el furor de un bárbaro que con la cólera de un hombre poderoso irritado de los obstáculos que le impiden marchar al bien. ¡Presérvenos el cielo de querer disculpar á Carlomagno de la matanza de los sajones! pero los hombres extraordinarios caminan con mayor velocidad que su siglo; siguen caminos no trillados, y resisten á esfuerzos en que otros sucumben; no se puede, pues, medirlos con la comun medida, y el mal que causan debe por lo comun achacarse más bien á las cosas que les rodean que á ellos. Carlos destruyó á los sajones, pero los instruyó, de manera, que en breve pudieron elevarse poderosos entre los germanos. El cristianismo le enseñó el modo de expiar sus sangrientas conquistas, imponiendo á los vencidos los beneficios de la civilizacion; la que difundida entre los sajones y los bávaros, contuvo las invasiones de los pueblos del Norte por un medio mucho más estable que el de la espada.

Sóbrio en la comida y la bebida y durmiendo poco, levantábase de noche á trabajar, y se hacia leer durante su comida historias y la *Ciudad de Dios*. No se rodeaba de cortesanos, abyectos para con el príncipe y arrogantes respecto de los súbditos, sino de personas afectas al bien de las masas y dispensadoras de la soberana beneficencia. Fué constante y ardiente en sus amistades, benévolo para con los hombres instruidos; y no se le puede hacer cargo de actos de rigor en la paz. Observador de las prácticas religiosas, él mismo cantaba al facistol en el coro, dirigiendo á los cantores

(5) PFISTER, *Hist. de los alemanes*.

con la voz y con la mano. Hace Eginardo, respecto de él, la reflexion de que cuatro veces habia ido en peregrinacion al sepulcro de los santos Apóstoles, mientras que Harun-al-Raschid habia hecho ocho veces el viaje á la Meca.

Su familia.—Costumbres y vicios de bárbaros se mezclaban en él á las virtudes de un grande hombre. Respetó poco la dignidad del matrimonio, y lo contrajo con la hija de Desiderio, cuando ya tenia una mujer franca, Imiltrudis; después la repudió para casarse con Hildegarda, descendiente de una muy ilustre familia sueva. Tuvo de ella á Carlos (772), á Pepino (776), y á Luis (778), á Rotruda (773), á Berta (775) y á Gisela (781); además, otros tres hijos muertos en la infancia. Frastrada, de raza franca oriental, le dió dos hijas. Después de la muerte de ésta, contrajo matrimonio con Luidgarda, de familia germana, que fué estéril; tuvo además cuatro concubinas: Matalgarda, Gersuinta, Regina y Adalinda. Esto no le estorbó buscar además otros amores; y una tal Amalberga, que se rompió un brazo resistiendo sus impúdicas violencias, fué honrada como una santa. El monje Vetiño, arrebatado en éxtasis, vió á Carlos en el purgatorio, martirizado por un buitre á causa de su incontinencia. Ya en las censuras, ya en las alabanzas, siempre se observa el lenguaje de su siglo.

Penas domésticas perturbaron con amarguras la alegría de sus triunfos. Perdió á Rotruda, su hija mayor, luego á otros hijos, y los lloró hasta parecer débil á aquellos que califican de flaqueza llorar á personas que parecian destinadas á verter lágrimas sobre nuestro sepulcro. Sus hijas no le consolaron tampoco con su conducta; pero suya fué la culpa en parte por no haber querido separarse de ellas llevado de un excesivo amor paterno y por haber fomentado sus desórdenes, con el mal ejemplo, y con una condescendencia irreflexiva (6).

Division del imperio.—Advirtiéndole que ninguno de sus hijos bastaria á sostener el peso del mundo, tanto más cuanto que ya les veia desacordes, pensó en la manera de asegurar la paz entre ellos. La política de su raza, de concierto con sus afectos paternales, le aconsejó dividir entre los tres príncipes las tres naciones franca, longobarda y romana de Aquitania que le prestaban obediencia. Ya habia señalado á Luis la Aquitania, á Pepino la Italia, á Carlos la Ostria y la Neustria, aumentada con los países situados entre el Saona y el Ródano. Pepino el Jorobado, su hijo natural, al verse excluido de esta division, urdió una trama con muchos señores, pero le denunció un sacerdote longobardo, y fué condenado á muerte en una asamblea: su padre conmutó esta pena en la de reclusion en un claustro. Murió el rey de Italia el 7 de junio del año 810, y en breve le siguió al se-

(6) Un pasaje mal interpretado de Eginardo ha hecho que se le acuse respecto de sus hijas de un horrible delito, que Voltaire llama una debilidad.

pulcro el 4 de diciembre de 811, su hermano Carlos, que se habia señalado por muchas victorias contra los septentrionales. No estando la representacion en uso, Bernardo, hijo de Pepino, no podia aspirar á la corona de su padre: sin embargo, Carlomagno hizo que se le reconociera como rey de Italia, bajo la regencia de Wala; tanto empeño parecia tener en dividir este reino, que se habia esforzado en conducir á la unidad durante el curso de su vida.

Coronacion de Luis.—Pero aquellos no debian perjudicar á la unidad imperial, y Carlos resolvió anticipar su sucesion, asociándose al trono á Luis de Aquitania, el único hijo que le quedaba. Habiendo convocado á los grandes y á los obispos en Aquisgram (813) llevó á su hijo al altar, sobre el cual está depositada la corona, y después de haber orado algun tiempo se volvió hacia la asamblea, y se dirigió á Luis en esta forma. *El puesto á que Dios te eleva, te obliga á respetar cada vez más su poder. Al encumbrarte á emperador, te conviertes en defensor de la Iglesia, y debes protegerla contra los impios y los malos. Tienes hermanas, hermanos y deudos de tierna edad, á quienes debes amar y sostener. Honra á los obispos como á padres, ama á los pueblos como á hijos: no temas emplear contra los malos y los sediciosos la autoridad que te está confiada. Tengan en tí un protector los monasterios y los pobres. Elige jueces y gobernadores temerosos de Dios y que no se dejen corromper con regalos. Elevado á una dignidad un hombre, no le despojes ligeramente de ella, y consérvate sin manilla á la faz de Dios y de los hombres.* Luis se levantó, cogió con sus propias manos la corona y se la puso en la cabeza. Entonces se abrazaron los dos emperadores, no sin derramar lágrimas abundantes, y toda la asamblea fluctuaba entre la esperanza y el temor.

Muerte de Carlomagno.—Carlomagno sobrevivió poco á este acto solemne: se complacia en saborear el reposo en Aquisgram, después de una vida tan ocupada, y sostenia y reparaba sus fuerzas con el ejercicio y con el baño. Cierto dia se sintió acometido de un temblor al salir del agua; pero teniendo odio á la medicina, y considerando el ejercicio y la sobriedad como los mejores remedios, no le ocurrió adoptar otras precauciones. Entretanto el mal fué en aumento y le llevó al sepulcro el dia 27 del año 814 á la edad de setenta y dos años. Los estudios sagrados fueron la ocupacion de sus

últimos años, y pasó el dia que precedió á su muerte en corregir los Evangelios con griegos y sirios. En su consecuencia fué depositado en el sepulcro con un evangelio de oro sobre sus rodillas, sentado en una silla de oro, con una espada de oro al lado y revestido con las insignias imperiales, y debajo un cilicio que tenia costumbre de llevar. Sobre su cabeza fué puesta su corona que contenia madera de la verdadera cruz, y delante el cetro y el escudo de oro, que habian sido consagrados por el papa Leon (7).

En su testamento se abstuvo de hablar de la dignidad imperial, sabiendo que no podia ser conferida más que por el pontífice; pues, por el derecho político de entonces, tocaba al protegido elegir el protector, ni tampoco indicó nada acerca de la posesion de Roma, considerando á ésta verdadero dominio de los pontífices. Hizo muchos donativos; mandó que las dos terceras partes de lo que poseia en objetos preciosos, fuesen distribuidas entre las veinte y una ciudades metropolitanas de sus Estados (8); que su biblioteca fuera vendida en provecho de los pobres, pero que se conservaran los ornamentos de su capilla. Regaló á San Pedro de Roma una mesa de plata, sobre la cual estaba trazada una descripcion de Constantinopla; otra al obispo de Rávena, en que habia grabada una vista de Roma; dejó otra en que se veia el mapa general del mundo; y una de oro para repartir entre sus herederos y los pobres; reparto que se ejecutaria como acostumbran hacerlo los poderosos.

(7) *Sub hoc conditorio situm est corpus Caroli Magni atque orthodoxi imperatoris, qui regnum francorum nobiliter ampliavit et per annos XLVII feliciter rexit. Decessit septuagenarius anno ab Incarnatione domini DCCCXIV, indictione VII, v calend februaryi.* Así se dice que le encontró el emperador Oton en el año 1001. Federico Barbarroja le hizo remover en 1166 cuando hubo obtenido su canonizacion por el anti-papa Pascal: quizá desde esta época trae su fecha el sepulcro venerado aun en la actualidad en la catedral de Milan como perteneciente á Carlomagno. Fué abierto con grandes precauciones en 1844, y se encontraron huesos de una dimension colosal, puesto que el femur tenia cincuenta y dos centímetros. Estaban envueltos en dos paños rameados, fabricados en el imperio de Oriente.

(8) Roma, Rávena, Milan, Civald en el Friul, Grado, Colonia, Maguncia, Yuvavo ó Salzburgo, Tréveris, Sens, Besanzon, Lion, Ruan, Reims, Arlés, Vienne, Tarantasia, Embrun, Burdeos, Tours, Bourges.